

# Salvador de Madariaga & el Colegio de Europa.

**LECE Comité Español**

C./ Mallorca, 211, pral. 1<sup>a</sup>

08008 Barcelona

Tel. +34 932 156 784

info@leceonline.org

www.leceonline.org

**Cercle d'Economia**

C/Provença, 298

08008, Barcelona

Tel. +34 932 008 166

secretaria@cercledeconomia.com

www.cercledeconomia.com



**LECE** LIGA EUROPEA DE  
COOPERACIÓN ECONÓMICA  
COMITÉ ESPAÑOL

**Edición:**

©Cercle d'Economia 2020

©LECE Comité Español 2020

**Textos:**

©de los autores

**Diseño:**

©DOMO-A

**Impresión:**

Interprintbcn.com

# Salvador de Madariaga & el Colegio de Europa.

En la celebración del Día de Europa del 2020 se conmemora el 70 aniversario del discurso de Robert Schumann, ministro de Asuntos Exteriores francés de la época, que se considera emblemático por poner las bases de las instituciones de la Unión Europea. Con motivo de esta conmemoración, el Comité Español de la Liga Europea de Cooperación Económica (LECE) y el Cercle d'Économie quieren recordar en esta recopilación de textos, la contribución de Salvador de Madariaga en la constitución del Colegio de Europa, una institución clave de alto nivel y referencia fundamental en la formación de los niveles de conocimiento superior de la Unión Europea y sus instituciones.



Fue en mi primera visita al Parlamento Europeo, al visitar la sala que llevaba su nombre, cuando me abrumó su dimensión histórica. Él era un europeísta de acción y de convicción.

JAVIER SOLANA

# Prólogo.

# Salvador de Madariaga, padre espiritual del Colegio de Europa.

## **Javier Solana**

*Distinguished fellow* en la Brookings Institution. Presidente de EsadeGeo. Presidente de la Fundación Colegio de Europa Salvador de Madariaga

No tuve ocasión de conocer a Salvador de Madariaga hasta que empecé la carrera y pude ir a verle a Inglaterra, donde estaba exiliado. Sin embargo, estaba familiarizado con su capacidad de expresión ya antes de verle en persona, puesto que en sus apariciones en la BBC hacía gala de una voz muy potente, así como de un inglés impecable. Su rigor a la hora de expresarse siempre me impresionó e inspiró.

En nuestro primer encuentro, que tuvo lugar en la Universidad de Oxford y posteriormente en su casa, pude darme cuenta de que Don Salvador era un hombre agradable y cariñoso. Volví a verle dos veces más, una en Oxford, antes de que sus problemas de salud le obligasen a mudarse a Suiza, y la otra ya en España,

tras la muerte de Franco. Nuestras conversaciones trataron casi siempre sobre España; me habría gustado hablar más con él sobre la Sociedad de Naciones, y sobre Europa.

No fue hasta después de su muerte que descubrí la magnitud de la huella de Don Salvador en la construcción europea. Fue en mi primera visita al Parlamento Europeo, al visitar la sala que llevaba su nombre, cuando me abrumó su dimensión histórica. Él era un europeísta de acción y de convicción, y desde España era imposible apreciar la totalidad de su figura europea. A lo largo de mi carrera política, he tratado siempre de hacer honor a su europeísmo. Cuando recibí el Premio Carlomagno, me sentí doblemente privilegiado, pues también le había sido otorgado a él con anterioridad.

Don Salvador se licenció en ingeniería de minas y, tras ejercer brevemente como tal, decidió dedicarse en cuerpo y alma a la diplomacia y la política. Liberal de profundas convicciones y contrario a todo tipo de nacionalismo, al que calificaba de "horror", empezó a expresar su europeísmo a su paso por la Sociedad de las Naciones en Ginebra, en la primera mitad de los años 30. Más adelante, tras finalizar la Segunda Guerra Mundial, y ya durante su exilio en Inglaterra, aceptó presidir la Comisión Cultural del Congreso de La Haya de 1948.

Contrariamente a lo que se cree, el Colegio de Europa no se concibió en La Haya. Una delegación brujense asistió al Congreso de La Haya y, meses más tarde, invitó a Salvador de Madañaga a visitar Brujas para negociar la creación de un centro cultural europeo en la ciudad flamenca. En paralelo, la Sección Cultural Internacional del Movimiento Europeo, presidida por Don Salvador, había elaborado un proyecto de instituto univer-

sitario europeo. En esa reunión, que tuvo lugar en Knokke, fue donde empezó a concretarse la idea del Colegio.

En sus propias palabras, “Brujas se eligió a ella misma” para ser sede del Colegio de Europa. Fue gracias a la convicción de Salvador de Madariaga que esta institución se fundó como un colegio con vida comunitaria, pues según Don Salvador la enseñanza puramente académica no podría bastar para crear una conciencia europea. Para ello, hacía falta que los estudiantes de esta institución conviviesen entre ellos, y formasen una comunidad propia.

Brujas cumplía los requisitos para que esta convivencia fuese total: aun siendo un símbolo de la historia europea (Liga Hanseática, Imperio Español, Revolución Francesa, etc.), no poseía universidad propia, y el idioma hablado en sus calles no era uno de los principales del continente. Esto servía para crear una burbuja en la que esta nueva élite europea pudiese enfrascarse de lleno en crear una comunidad propia, haciéndoles convertirse en europeos.

En su discurso inaugural, Don Salvador hizo alusión a que todas las casas espirituales deben empezar a construirse por el tejado. En este caso, por supuesto, la casa era Europa, y el tejado, su Colegio. Setenta años después, hemos avanzado mucho. Como él predijo, el hacer cosas juntos en instituciones comunes ha creado una conciencia compartida. El Colegio de Europa se ha convertido en una institución académica de referencia a nivel de estudios europeos, y ha dado numerosas figuras célebres del europeísmo, como Manuel Marín, padre fundador del Programa Erasmus, y primer alumno del Colegio con una promoción bautizada en su honor.

# 10

En estos tiempos tumultuosos, en los que el nacionalismo vuelve a estar a la orden del día, y se intenta destruir la conciencia común ya construida, es importante tener en mente la visión de Don Salvador y llevarla más allá. La casa empezó a construirse por el tejado, pero ninguna casa es suficientemente sólida sin unos buenos cimientos. Construir una Europa inclusiva, en la que todos los ciudadanos tengan cabida y se sientan representados, es una necesidad del momento que vivimos.



La propuesta de Salvador de Madariaga es la creación de una elite de jóvenes universitarios que supere sus orígenes nacionales para ser auténticamente europeos.

CARLES A. GASÒLIBA

# Salvador de Madariaga y el Colegio de Europa.

## **Carles A. Gasòliba**

Presidente de Honor del Comité Español de la Liga Europea de Cooperación Económica (LECE)

Cada 9 de mayo conmemoramos el discurso de Robert Schumann, ministro de Asuntos Exteriores francés pronunciado en el Salón de l'Horloge del Palacio del Quai d'Orsay en París. Este discurso se considera que estableció las bases del proyecto de Unión Europea, concretado en el Tratado de París del 1951, estableciendo la Comunidad Económica Europea del Carbón y del Acero (CECA). La trascendencia del discurso llevó a establecer el 9 de mayo como el "Día de Europa".

En la celebración del Día de Europa del 2020 conmemorando el 70 aniversario del discurso de Robert Schumann y que consideramos emblemático por poner las bases de las instituciones de la Unión Europea, hay que recordar la contribución de Salvador de Madariaga en la constitución del Colegio de Europa, una institución clave de alto nivel, referencia fundamental en la

formación de los niveles de conocimiento superior de la Unión Europea y sus instituciones.

La dictadura franquista impedía la incorporación de España al proyecto de integración europea, pero hubo una presencia española muy destacada que deseaba tal integración, la de Salvador de Madariaga, presente y muy activo en el Congreso Europeo de la Haya de 1948, que llevó a la fundación del Movimiento Europeo. En esta reunión surgió el convencimiento de que la Europa que se estaba configurando precisaba de una universidad europea. Salvador de Madariaga no solo la apoyó, sino que fue el artífice que llevó a cabo la realización del proyecto, junto con Winston Churchill, Paul-Henri Spaak y Alcide de Gasperi. El Colegio de Europa se funda el 1949 con el propósito de preparar una elite de jóvenes ejecutivos para Europa. Salvador de Madariaga promueve y funda el Colegio de Europa y es el presidente de su Consejo de Administración desde su fundación hasta 1964, año en que pronuncia el discurso de la solemne apertura del curso 1964-1965.

Salvador de Madariaga personaje destacado y reconocido a nivel internacional, deja pues una huella muy destacada en la creación de instituciones clave para la Unión Europea, cuya permanencia setenta años después muestra la clarividencia unida al empeño y la voluntad de hacer realidad lo que aún es hoy el Colegio de Europa, institución de prestigio que constituye un pilar fundamental, de hecho, el más destacado, en la formación de especialistas y concedores de la Unión Europea.

He creído que la mejor manera de contribuir a esta conmemoración es publicar y difundir dos textos del propio Salvador de Madariaga relacionados con la fundación del Colegio de Europa.

El primero y fundamental, su discurso con motivo de la inauguración del Colegio de Europa en el que afirma que “lo que buscamos hacer en este colegio, la conversión del número lo más grande posible de jóvenes europeos ya prestos para esta conversión”. La propuesta de Salvador de Madariaga es la creación de una elite de jóvenes universitarios que supere sus orígenes nacionales para ser auténticamente europeos. Este texto se complementa con un artículo de Salvador de Madariaga, su introducción al número especial consagrado al Colegio de Europa por *Synthèses. Revue Européenne* de noviembre de 1954. En esta introducción, Salvador de Madariaga afirma “La Europa que nace demanda instituciones”, y su objetivo era que nuevas instituciones eran necesarias para formar el espíritu europeo en universitarios ya formados, por ello “el Colegio de Europa demuestra ya ser la única institución de enseñanza superior verdaderamente europea”.

Setenta años después la institución creada por Salvador de Madariaga y su espíritu europeo continúan tan vigentes y tan necesarios como en el momento de su creación.

La realidad está en el fondo del corazón humano y mediante los impulsos del corazón se forma la política. No hay explosivos más fuertes, ni siquiera la bomba atómica, no hay explosivos más fuertes que el corazón humano.

SALVADOR DE MADARIAGA

# Discurso de inauguración del Colegio de Europa.<sup>1</sup>

## Salvador de Madariaga

Diplomático y escritor, fundador del Colegio de Europa

Nedeburgers,

a pesar de que sea, sin el mérito de las letras, miembro de su academia flamenca, casi he agotado mi vocabulario flamenco. Me quedan cuatro palabras que he aprendido hoy y las digo de todo corazón aunque estén muy mal pronunciadas: “Hoezee san onze Burgemaester!”

Porque desde luego, ha exagerado. Ha sido sobre todo él el que ha llevado el peso, la fuerza que, con su perpetua juventud, siempre dirige a Brujas cada vez mejor hacia su porvenir. Y este porvenir, no lo duden, es el de constituir una de las mayores sedes de la cultura europea, sí, europea.

Él y el señor de Winter, a quien tanto debemos, y también el señor Hoste les han hablado de mí y han tenido la misma valentía.

<sup>1</sup> Archivo del Colegio de Europa, 1949

Ya que hacía falta valentía para hacerlo, eso de recordarles que yo era español. Hay, como bien saben, un español enterrado acá, enfrente, que se hizo brujense y que incluso trabajó para el burgomaestre de su tiempo. Había pedido informes sobre los pobres y llevó a cabo, como saben ustedes, una de las obras maestras de la política social europea que convendría estudiar, dado que de ella se desprenden máximas muy sensatas, tal vez más sensatas que las que se aplican en la política social contemporánea.

Pero no quisiera entretenerme más tiempo acerca de estas cuestiones, ya que me haría caer en el nacionalismo provinciano que queremos olvidar, por no decir destruir, con objeto de reconstruir Europa.

No diré más que una cosa: si lo que se ha dicho de mi colaboración en la presente obra de todos fuera mil veces más fuerte de lo que es, todavía sería preciso que los españoles hicieran numerosas cosas para restablecer el equilibrio. Y, por otro lado, también tienen que ser ustedes imparciales. Flandes, sobre todo lo que se llamaba por aquel entonces el norte de Flandes y los Países Bajos, todo Flandes, todos los países de lengua flamenca y holandesa, han provocado fuertemente a los españoles. Porque, ¿existe para un español una provocación más fuerte que colocar en todas partes molinos de viento? (Risas y aplausos)

Zanjo ahora el tema de esta provincia relativamente pequeña de Europa. Quiero hablarles de Europa tomando las cosas en retrospectiva, si me lo permiten, para poner en contexto la idea del Colegio de Europa que queremos lanzar a la vida hoy.

¿Cuáles son las fases de la evolución europea en que nos hallamos ahora? Partamos de la realidad. La realidad en lo que

me concierne, quizás por limitación intelectual personal —pero es así como veo las cosas— la realidad nunca es simplemente política ni simplemente económica. Todo esto es superficial. La realidad está en el fondo del corazón humano y mediante los impulsos del corazón se forma la política. No hay explosivos más fuertes, ni siquiera la bomba atómica, no hay explosivos más fuertes que el corazón humano. Es la explosión de los corazones de los europeos lo que ha destruido nuestras ciudades europeas; no es su política, no es la economía. Son las explosiones psicológicas del corazón de los europeos. Por consiguiente, si queremos construir Europa, habrá que construirla en el corazón de los europeos.

Sin embargo, ¿en qué punto está este corazón? Pues, señoras y señores, veo que hay en la vida colectiva de los pueblos dos tipos de solidaridad: está la solidaridad que llamo “objetiva” que es a la que nos sometemos, lo queramos o no —y generalmente no lo queremos. Se caracteriza admirablemente por la situación del 145º propietario de automóvil en los alrededores de una ciudad, un sábado por la tarde, volviendo de almorzar y que no puede pasar porque hay 144 coches delante, 144 detrás y 350 al lado. He aquí un estado de solidaridad absoluta, tan absoluta como la solidaridad de las gotas de agua en un tubo. ¿Cuál es el estado de solidaridad “subjetiva” de este propietario? Es exactamente lo mismo, pero en sentido contrario. Desea que sus 350 conciudadanos se vayan al diablo, al infierno si es posible, destruidos por las llamas. He aquí exactamente dónde estamos hoy, desde el punto de vista de Europa. Estamos en solidaridad “objetiva” como nos lo ha recordado antes el presidente del Movimiento Europeo, Duncan Sandys. Ya nos hemos convertido en algo; dentro, hay una unidad europea objetiva. Pero ¿acaso tenemos una solidaridad “subjetiva” y de corazón con los demás europeos? ¿Acaso sentimos que los infortunios del alemán son

# 20

nuestros infortunios y que los infortunios del griego son nuestros infortunios de una manera tan íntima, tan profunda, tan continua como sentimos que los infortunios del liejense son los infortunios del brujense o que los infortunios del marsellés son los del bretón? No. La solidaridad “subjetiva” lleva retraso.

Quisiera, antes de seguir adelante, recordarles un episodio histórico que ilustra este hecho admirablemente en un entorno diferente, en el entorno de la solidaridad universal.

Cuando la Sociedad de las Naciones quiso tratar de mantener la Paz a través de sanciones, fracasó. ¿Acaso se han analizado con todo lujo de detalles los efectos de este hecho? Miren como lo veo. Por un lado, las sanciones no podían ser efectivas más que si se aplicaban contra el país culpable, el país “recalcitrante” como decían entonces en el lenguaje de Ginebra. Bien. Se tomaba esta sanción. Pero la solidaridad “objetiva” del mundo estaba ya tan avanzada, que la sanción recaía en los que la tomaban. La sanción no solo castigaba al recalcitrante, castigaba a todo el mundo. Pongamos, por ejemplo, a Dinamarca, a quien se le pedía que tomara sanciones contra Alemania. ¿Quién salía más perjudicado por ellas, Alemania o Dinamarca? Pueden ustedes generalizar así la solidaridad internacional por razones geográficas íntimas.

La solidaridad europea llevaba pues ventaja con las sanciones. Pero al mismo tiempo, la gente se decía: “Es una historia que ha pasado lejos. ¿Para qué voy a arriesgar mi país? ¿Para qué mi país va a arriesgar hacerse enemigos económicos que podrían traer a enemigos políticos, lo que podría traer una guerra, y esto por un asunto que ha sucedido en Japón, que ha sucedido en Etiopía? Es decir que, al mismo tiempo que la solidaridad “obje-

tiva" llevaba ventaja con las sanciones, la solidaridad "subjetiva" llevaba retraso con las sanciones.

Las sanciones fracasaron por culpa de estas dos razones: porque llevaban retraso con la solidaridad de los hechos, porque llevaban ventaja con la solidaridad de los corazones.

Pues bien, he aquí ilustrada una distancia evolutiva entre lo material y lo espiritual. En dicha distancia se enmarca la evolución contemporánea de Europa. Ya está en la materia, aún no está en el espíritu.

Y el problema para nosotros es de hacerla en el espíritu, es decir, tratar de hacer que Europa tome consciencia de sí misma.

No obstante, la Vida nunca es esto; nunca es una vía única; siempre tiene muchas maneras de actuar. Y seré el último en decir que, por ejemplo, la creación del Consejo de Europa o la convocatoria de la Asamblea de Estrasburgo son inútiles porque no hacen esta evolución, ni cooperan en ella. Y seré el último en cometer este error, porque no hay nada como actos en común para crear y desarrollar la consciencia de que somos una comunidad.

Por consiguiente, estoy encarecidamente de acuerdo y muy feliz de que se hayan tomado las medidas políticas y que se tomen medidas económicas para desarrollar y empujar la evolución europea de lo político y lo económico, puesto que en la vida se sostiene todo, puesto que no hay un espíritu diferente entre lo político, lo económico y lo que llamamos lo cultural. No hay más que una evolución y todo se entrena.

Sin embargo, el error consistiría en creer que esto basta. O incluso que es lo más importante. Lo más importante es lo que se llama placenteramente, a veces, lo cultural. Y, por lo tanto, para deshacerse de ello, se hace algo decorativo por decirlo así. No, no es algo superpuesto, no es algo para lo cultural, es decir, la vida del espíritu; es la esencia misma de la evolución. Y así, si queremos que Europa despierte, deberemos trabajar sobre todo en los métodos más directos y lo más rápidos posible, para que Europa tome consciencia de sí misma, es decir, para que los europeos “se conviertan”, para que los franceses, los italianos, los alemanes, los belgas se conviertan en europeos.

Es aquí donde se integra la necesidad de una institución como la que queremos crear hoy.

Para no hacerles perder el tiempo, sobre todo a altas horas de la mañana, discutiendo de un tema tan estéril y superficial como el de saber si la evolución viene determinada por las masas o las élites...

Masa, Élite son palabras. Son, a lo sumo, puntos de vista, perspectivas. No avanza más que la Humanidad y goza de diversos órganos. Algunos denominados, simplificando mucho, unas Masas; otros, denominados, también simplificando bastante, unas Élites. Unos y otros “contribuyen”. Hay fecundación mutua, una tensión mutua. Las masas son necesarias para las élites, las élites son necesarias para las masas. Cabe trabajar pues en los dos sentidos. El Movimiento Europeo se preocupa por los dos sentidos: tenemos comités de propaganda a lo grande para tratar de fermentar directamente las masas. Pero también hay que crear una élite europea. Es la creación de esta élite europea la que ha dado lugar, desde hace tiempo, desde el principio del

Movimiento Europeo, a la presente idea de crear una universidad europea.

De entrada, algunos universitarios se asombran diciendo: “¿Qué? Oxford y la Sorbona ya son universidades europeas. Hay mucha gente; gente que viene de todas partes.” He aquí la respuesta: “Si toman ustedes dos ideas “Francia” y “Universidad”, enseguida les viene a la cabeza “la Sorbona”. Si hacen lo mismo con “Inglaterra” y “Universidad”, les vendrá “Oxford”, y así sucesivamente. Si cogen ustedes “Europa” y “Universidad”, ¿qué les vendrá en mente? Nada en absoluto. Luego, no queda demostrado que Sorbona y Oxford basten para lo que queremos. Pero cuidado, no hay que imaginar que se puede hacer una universidad europea como quien hace un cóctel, una mezcla de ideas. Una Universidad es una institución humana que hay que plantar y que crece poco a poco. Asimismo, todavía hay quienes se imaginan que basta con mezclar profesores y alumnos de todas las naciones europeas para que salga una universidad europea. Error. Una Universidad Europea no es una suma numérica, es una integral. No se puede obtener Europa haciendo una suma aritmética de europeos.

Voy a ir más lejos, me atrevo a ser un español, sobre todo cuando está lejos de su país. Voy a ir más lejos. Me atrevo a ser herético —un español tiene que atreverse, sobre todo cuando está lejos de su país—, me atrevo a ser herético y digo: “Si tuviera yo una universidad en que todos los profesores fueran franceses o bien donde todos los profesores fueran belgas, pero que tuvieran en el corazón la consciencia europea, resultaría una universidad mucho más digna del nombre de ‘universidad europea’ que una universidad en que hubiera 25 nacionalidades en la que todos fueran nacionalistas, porque ahí —conozco bien la

historia y he vivido en Ginebra— no tienen ustedes más que fe en el nacionalismo, luego la escalada del nacionalismo, luego los horrores del nacionalismo. Créanme, no es fácil hacer una universidad y, sobre todo, una universidad europea. Así pues, empecemos siendo modestos. Recordemos también que las casas del espíritu se empiezan por el tejado. Es algo que la gente práctica nunca comprende. Está acostumbrada a comenzar por abajo, por los cimientos, los sótanos. Las casas del espíritu se comienzan siempre por el tejado. Por ejemplo, ¿cómo nacieron las naciones europeas? No nacieron por abajo; los campesinos no tienen la consciencia nacional española, francesa, inglesa, alemana o italiana. Las naciones europeas fueron creadas por los cursos, los letrados, los legistas, el Derecho, una lengua refinada que el pueblo de los comienzos no entendía. He aquí cómo se creó una nación por el tejado. Pues bien, Bélgica es un país en que los tejados son siempre muy bellos. Hemos creado Europa por el tejado. Hemos intentado comenzar a hacer Europa por el espíritu puro. Y por eso queremos comenzar creando un colegio que no sea un colegio del mismo nivel de las universidades, sino por encima de las universidades, en el sentido de que pediría como alumnos, jóvenes profesores ya salidos de las universidades nacionales. Las universidades nacionales serán nuestras escuelas secundarias y nos darán las materias primas para hacer europeos. ¿Cómo? Sobre todo, mediante la vida en común, la convivencia. Cuando unos son amigos, se reúnen para almorzar o cenar juntos. No prestan demasiada atención al menú. Es el hecho de estar juntos lo que importa. Se pueden cambiar todos los menús siempre y cuando se mantenga la calidad, por descontado. No le damos tanta importancia al tema que vamos a debatir, a las conferencias que vamos a impartir; y hay que darle tan poca como sea posible. A lo que le damos una importancia esencial es a lo siguiente: que esas mentes jóvenes

venidas de sus países, evidentemente ya teniendo por selección natural una distinción intelectual muy especial, y probablemente una disposición europea, que estos jóvenes espirituales reciban la europeización que necesitan unos y otros, mediante la influencia mutua de su parcialidad respectiva, que logren por la influencia mutua realizar esta integración, pero realizarla en su foro interno, en su propia piel, ¿no es eso lo que importa? No es para convertir a los demás, sino para convertirse a sí mismo. Europa no se creará más que por una serie de conversiones dentro de la gente que no es europea. Y lo que tratamos de hacer en este colegio es la conversión del mayor número posible de jóvenes europeos ya listos para esta conversión.

Sabemos lo que pasa cuando tomamos conciencia de existir; lo sabemos por Adán y Eva: nos damos cuenta de estar desnudos. La Europa que nace requiere instituciones.

SALVADOR DE MADARIAGA

# Introducción a *Synthèses, Revue Européenne*.<sup>2</sup>

## Salvador de Madariaga

Diplomático y escritor, fundador  
del Colegio de Europa

No quiero una vez más cantarles las alabanzas de Brujas, sobre todo por lo lamentable que sería espiritualmente para los brujenses ya que podrían provincializarse, cuando quiero europeizarlos. Pero digo, nos hacía falta una ciudad, no muy lejos de una universidad, que careciera de una universidad, no fuera de gran lengua europea, tuviera una historia tan hermosa y noble de ciudad europea como la que el Sr. Heste acaba de recordarnos, y esta ciudad, una vez hicimos la lista de las condiciones, resultó ideal. Por eso me he sentido avergonzado cuando me han elogiado por haber escogido Brujas. En absoluto, no fui yo quien escogió Brujas. No tenía el poder de hacerlo. No habría podido elegirla, aunque hubiera tenido el poder. No es el Movimiento quien escogió Brujas, Brujas se escogió a sí misma.

<sup>2</sup> Número especial consagrado al Colegio de Europa, Noviembre 1954

Desde el principio de los trabajos de la Comisión Cultural del Movimiento Europeo, nos atrajo la atención en Brujas una oferta del gobernador de Flandes Occidental en que ponía a nuestra disposición un edificio de la Plaza Mayor (Grand'Place). Fue como el choque que determina una reacción química o una ebullición ya preparada pero que todavía no ha "arrancado". Lo que estaba listo era la decisión de crear un centro de enseñanza superior específicamente europeo. Extraigo varios párrafos de una nota que redacté a la sazón para la Comisión Cultural:

Este espíritu europeo no es más que la toma de consciencia de Europa. Ahora bien, sabemos lo que pasa cuando tomamos consciencia de existir; lo sabemos por Adán y Eva: nos damos cuenta de estar desnudos. La Europa que nace requiere instituciones.

Era pues natural que desde los principios del Movimiento Europeo saliera a la palestra la idea de una universidad europea. Era tal vez debido a una falsa analogía o a una concepción prematura de varias generaciones. En muchos sentidos, tenemos derecho a considerar como universidades europeas todas las universidades de Europa y sería difícil definir en qué una nueva institución universitaria pudiera diferir de Oxford, la Sorbona o Lovaina cuando se enseñarían las mismas materias con profesores semejantes. Apenas se marcaría la diferencia al reclutar a los profesores en diversos países. Pero una mezcla de colores no constituye un cuadro y una suma aritmética no es una integral.

Parece pues que debemos abandonar la idea de una universidad europea concebida según el modelo de las grandes universidades nacionales existentes. Pero esto no conlleva que el problema

de la toma de consciencia de Europa no plantee el de instituciones específicamente europeas de enseñanza superior.

La cuestión se precisa si descendemos de estas consideraciones generales a los problemas administrativos de la Europa que está naciendo. Ya tenemos creado el Consejo de Europa compuesto por dos organismos. La experiencia de Ginebra y de Lake Success, de acuerdo con el sentido común, nos enseña que estas instituciones valdrán lo que valgan sus secretarías. Los hombres políticos pasan, los Servicios permanecen. Sin embargo, las universidades nacionales ya están admirablemente constituidas para preparar a los futuros altos funcionarios del Estado europeo desde el punto de vista técnico: pero a todas luces no bastará dicha preparación para que los Servicios sean, de hecho, europeos. La condición esencial para que dichos Servicios sirvan a Europa como un equipo unido en vez de constituir un *clearing house* de nacionalismos, es que los funcionarios que formen parte de ellos se sientan verdaderamente europeos. Parecería pues que serían necesarias nuevas instituciones para forjar el espíritu europeo en universitarios ya formados.

Habría que planear pues una institución de enseñanza superior cuyo objetivo esencial fuera contribuir a estimular la eclosión del patriotismo europeo en sus alumnos, como un hecho vital y vivido. Parecería preferible pensar en la educación del ser completo más que en la instrucción de su inteligencia: luego imaginar la institución como un hogar más que una escuela. El Colegio de Europa será esencialmente una casa en que los estudiantes venidos de todas las naciones europeas convivirán durante 8 o 9 meses y cultivarán así un espíritu de familia que les permita concebir en sí mismos su parentesco común. Hay que dejar a la fuerza creadora de la vida misma la labor de inspirar las nuevas

formas, reglas, costumbres y tradiciones, que gradualmente irán trabando en estos europeos vínculos, afectos y recuerdos comunes.

Con este trasfondo, llegaba el ofrecimiento del señor gobernador de Flandes Occidental. El 16 de enero de 1949, viajé a Brujas, donde con el donaire que lo caracteriza, el señor caballero van Outryve d'Ydewalle me organizó una reunión con el malogrado Julius Hoste, el burgomaestre señor van Hoestenbergh, el doctor de Schepper, miembro de la Cámara de los Representantes, el doctor de Winter, presidente de los Amigos de Brujas, presidente provincial de la Cruz Roja de Bélgica, el Sr. Lud Fraeijs de Veubeke, abogado, vicepresidente de los Amigos de Brujas y, frente a dicho grupo, tuve el honor de exponer el proyecto para un Colegio de Europa, en principio ya aprobado por la Comisión Cultural. Se llevó a cabo una sesión de prueba en Brujas del 20 de septiembre al 10 de octubre del 1949; y gracias a la energía y el espíritu positivo con el que las autoridades nacionales, provinciales y municipales de Bélgica sostuvieron el Colegio, pudo tener lugar su inauguración en el mes de octubre de 1950.

El Colegio ha quedado ahora establecido como una institución europea que ha demostrado su eficacia. Aunque se hayan fundado otras instituciones del mismo calibre aquí y allí, permanece la única institución de enseñanza superior realmente europea y libre de todo control gubernamental o nacional. Si hay que expresar aquí dos desideratas en cuanto a su porvenir, me permitiría formularlas de la siguiente manera: cabe esperar que otras naciones colaboren con los gastos generales del Colegio aparte de Bélgica (como ya lo hacen los países de BENELUX y Alemania) para aligerar el peso que lleva siempre el gobierno belga; y sería también conveniente que la ciudad de Brujas,

elegida desde el principio por su bella historia europea y el ambiente de sus bellas piedras antiguas y bellos canales, decida construir para el Colegio una casa digna de Brujas y Europa.

¿El espíritu europeo? Este tema apasiona a Madariaga desde hace por lo menos unos cuarenta años. Es uno de los arquetipos que yacen en el fondo de esta alma ardiente.

KARL (ANTONIUS) VERLEYE

# Salvador de Madariaga y los inicios del Colegio de Europa en Brujas.<sup>3</sup>

**Karl (Antonius) Verleye**

Sacerdote y fundador del Colegio de Europa

Un hombre de letras, autor de un meritorio ensayo sobre San Francisco de Asís, declaró al concluir su trabajo que lo que le había impactado más en el transcurso de la redacción era la imposibilidad en la que se había encontrado de escribir sobre San Francisco de Asís de forma abstracta. “Que se quiera o no, confesó, en cuanto uno aborda la figura del Poverello, se siente obligado a narrar”. Una sensación similar se apoderó de mí cuando quise plasmar sobre papel mis reflexiones acerca de la aportación de Don Salvador de Madariaga a la fundación y a la vida del Colegio de Europa de Brujas. Con todo su ser, por cierto, este hombre, en sus principios, politécnico de formación,

<sup>3</sup> H. Brugmans et R. Martínez Nadal (ed.), “Liber Amicorum”, De Tempel, Tempelhof, Bruges 1966

posteriormente historiador y escritor por vocación, no ha dejado de mostrar un gusto apasionado por la observación de lo concreto. Como profesor o conferenciante, le gusta respaldar e ilustrar su argumentación abasteciéndose a manos llenas del tesoro de las experiencias vividas, anécdotas, comparaciones y paradojas, acumuladas en el transcurso de una vida siempre comprometida, a lo largo de una carrera asombrosamente variada. Raramente el estilo ha reflejado tan bien al hombre. Hasta un Pitirim Sorokin trataría en vano de encerrarlo en sus fórmulas algebraicas.

Se me ha planteado a menudo la pregunta: ¿cómo se vio el señor Madariaga animado a participar en la fundación del Colegio? Desde luego, tal pregunta venía siempre, como por casualidad, de personas que no habían seguido de cerca la historia reciente de la idea europea. Los europeos de primera hora no la planteaban, ellos. Porque se acordaban de que ya durante el período de entreguerras, Salvador de Madariaga se había embarcado en la lucha por Europa. En pleno período de idolatría nacionalista, les habían asombrado los alegatos del delegado español en el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual de la Sociedad de las Naciones y en particular, sus intervenciones en las Entrevistas sobre el Porvenir del Espíritu Europeo, celebradas en París en 1933 bajo la presidencia de Paul Valéry. Y una vez caída la noche sobre Europa, sabían que comulgaban con las ideas de aquel ejército invisible de hombres y mujeres que, por doquier en la Europa silenciosa, persistían en orientarse gracias a la estrella que les habían mostrado guías proféticos como Madariaga. Cuando, en los albores de un nuevo período de paz, el reagrupamiento de los que buscaban Europa porque la habían encontrado comenzaba a tomar formas concretas, se recurrió al viejo luchador para que se ocupara de un sector que le era

familiar desde hacía tiempo: la cultura europea. Durante los preparativos de la primera manifestación europea de gran estilo, el Congreso de Europa, que debía celebrarse en La Haya en mayo de 1948, el señor de Madariaga (se había establecido en Inglaterra desde hacía una buena docena de años) recibió de parte del Comité Internacional de Coordinación de los Movimientos Europeos Unidos la invitación de asumir en el Congreso la presidencia de la Comisión Cultural. Y tuvo la valentía de aceptar. La valentía, porque, a la sazón, la Europa oficial, la Europa de los gobernantes, la Europa de las Universidades no creía demasiado en las posibilidades de una próxima unión. Un estado de ánimo no cambiaría hasta después del *sanatio in radice* del Plan Marshall y la implantación de instituciones europeas como el Consejo de Europa y la CECA.

El Congreso de la Haya fue el Concilio de Trento de la Europa Unida. Allí se lanzaron las bases de las nuevas instituciones como el Consejo de Europa, innovaciones como la Convención Europea de los Derechos Humanos, reformas en los ámbitos económico y social, así como iniciativas en el ámbito cultural también. En el seno de la comisión presidida por el señor de Madariaga se presentaron la creación de un Centro Europeo de la Cultura y la instauración de una Oficina Europea de la Juventud e Infancia. Allí también se discutió largo y tendido acerca de la reforma de la enseñanza universitaria en un espíritu europeo e internacional. Contrariamente a lo que se ha solido repetir, nunca se trató del Colegio de Europa en dicho Congreso.<sup>4</sup> Solo indirectamente La Haya desempeñó un papel en la creación del Colegio de Brujas en el sentido de que el Congreso contribuyó a crear un clima favorable a la causa y permitió fructuosos encuentros.

<sup>4</sup> Véase el folleto publicado en 1957 por el Comité Local del Colegio de Europa en Brujas: "Le Collège d'Europe. Ses origines." Viene descrita una relación detallada sobre el periodo preparatorio 1948-1950.

En el transcurso de los meses subsiguientes a la manifestación de La Haya, la Sección Cultural Internacional del Movimiento Europeo, presidida también por el señor de Madariaga, elaboraba un proyecto de instituto universitario europeo, de concepción ampliamente descentralizada y con el objetivo en primer lugar de hacer penetrar la idea europea en los entornos universitarios, sin excluir no obstante la posibilidad de crear un instituto postuniversitario, independiente de las universidades existentes. Por otro lado, el Congreso de la Haya había animado a un grupo de brujenses a tomar la iniciativa de la fundación de un centro cultural europeo en su vieja ciudad hanseática. Tal proyecto tomó sucesivamente varias formas hasta el momento en que, gracias a la mediación del gran amigo de Madariaga, Jules Hoste, él también miembro de la Sección Cultural Internacional, el presidente de la Sección decidió, aprovechando una visita a Bruselas, ponerse en contacto con el comité brujense. Al ser un excelente negociador, el señor Hoste se había informado de antemano sobre las posibilidades del proyecto a través del gobernador de la Provincia de Flandes Occidental, el caballero van Outryve d'Ydewalle. La entrevista del antiguo ministro con el gobernador tuvo lugar en Knokke-sur-mer, donde el señor Hoste tenía su residencia de campo. El señor d'Ydewalle se mostró favorable al proyecto y se convino que discutirían del tema durante la visita de Madariaga a Bélgica.

Así pues, el domingo 16 de enero, el gobernador recibió en el palacio provincial de Brujas a los dos representantes de la Sección Cultural Internacional, los señores de Madariaga y Hoste y se encargó de ponerlos en contacto con el burgomaestre de la ciudad de Brujas y una delegación del Comité Local. Gracias a dicha reunión, se estableció el enlace entre el proyecto de la Sección Cultural y la iniciativa de los brujenses. La idea ya

no era utópica: había hallado su lugar de arraigo, su “topos”. A partir de entonces, se conjugaron todos los esfuerzos en Brujas.

Tras numerosas peripecias, tanto en el plan brujense como en el seno del Movimiento Europeo, se tomó la decisión de lanzar primero un globo sonda. Una sesión preparatoria de corta duración —de tres semanas a un mes— proporcionaría los elementos para juzgar la legitimación y las posibilidades de futuro de lo que se había convenido llamar a partir de entonces: el Colegio de Europa en Brujas.

El señor de Madariaga se entregó en cuerpo y alma a la preparación de semejante experiencia que, para él, significaba la realización simultánea de varias aspiraciones albergadas desde hacía décadas. En la labor, le asistía su joven amigo y colaborador el malogrado Jean-Paul de Dadelsen, a la sazón secretario de la Sección Cultural Internacional. Al cabo de unos años, Madariaga evidenciaría cuán profunda era su admiración por el talento poético de su joven amigo, al hacerse promotor de la publicación póstuma de la obra de J.-P. de Dadelsen y preocupándose paternalmente de la suerte de la viuda y sus hijos.

La sesión preparatoria del Colegio de Europa, celebrada en Brujas en septiembre-octubre de 1949, demostró la viabilidad de la empresa. Permitió también al público belga y brujense conocer mejor al español que, en una pacífica “reconquista”, reanimaba por su presencia e interés conmovedor por los más mínimos detalles del legado español en Brujas, los recuerdos históricos de los vínculos que antaño unían los Países Bajos y España. El discurso del presidente en la sesión de apertura y sus tres conferencias sobre el espíritu europeo fueron puntos culminantes en aquellas semanas llenas de esperanza, entusiasmo y ardor

en el trabajo. Entre conferencias y conferencia, don Salvador se lanzó a hacer descubrimientos, meditando ante el lugar de sepultura de Juan Luis Vives, examinando de cerca los viejos retratos de príncipes y notables españoles, evitando cuidadosamente los molinos de viento, ya que, según decía, ningún país ha provocado tanto a España como los Países Bajos, al colocar en todas partes molinos de viento... Los privilegiados de tales contactos eran los participantes en la sesión —veintidós jóvenes universitarios pertenecientes a once nacionalidades distintas—, los conferenciantes y el comité de organización.

Una vez terminada la sesión preparatoria, quedaban varias etapas por franquear: la obtención del reconocimiento oficial por parte del Movimiento Europeo, el apoyo financiero del gobierno belga, la búsqueda de locales apropiados y el nombramiento de un rector. En varios meses, estuvo todo resuelto. En cuanto se hizo cargo del puesto clave de rector del Colegio de Europa, el Sr. Henri Brugmans tomó el relevo del presidente de la Sección Cultural, que se convirtió en presidente del Consejo de Administración desde la constitución jurídica del Colegio como Instituto de Utilidad Pública en mayo de 1950. A partir de entonces, Madariaga pudo seguir con un sentimiento de orgullo paternal el crecimiento del hijo que, en tantos aspectos, era su *Wunschkind*.

Don Salvador es uno de los principales arquitectos responsables de la estructura fundamental del Colegio de Europa: ha sido quien la concibió en forma de escuela de formación postuniversitaria y le debe su carácter de colegio con vida universitaria. Acerca de este último punto, sobre todo, Madariaga siempre ha sido inquebrantable. Una formación puramente escolar, nunca podría substituir, a su modo de ver, la educación permanente de un entorno internacional. Esta vida en común realizaba de manera concreta lo que denominó “el espíritu europeo”.

¿El espíritu europeo? Este tema apasiona a Madariaga desde hace por lo menos unos cuarenta años. Es uno de los arquetipos que yacen en el fondo de esta alma ardiente. Él que, en 1933, durante las Entrevistas de París sobre el Porvenir del Espíritu Europeo, se calificó de europeo “arrabalero” (y convertido posteriormente en notable de la metrópolis europea), lanzó en aquella misma ocasión un llamamiento profético, perfectamente aplicable a los objetivos que se había propuesto perseguir con el Colegio de Europa: “Es preciso que la convicción íntima, la emoción íntima y el alma de las élites se vuelvan europeas. Si el alma de las élites se vuelve europea, Europa existirá, ya que, desde tiempos inmemoriales, las masas han actuado y reaccionado gracias a la fermentación de los espíritus de las élites, puesto que no es más que por la fermentación de los espíritus de élite de la masa europea que llegaremos a crear... un alma europea. Pero dicha fermentación, no son las ideas, las simples ideas las que la harán, será la convicción, será la fuerza, la virtud íntima, cuyas ideas no son más que simples vehículos que la transportan en la masa, las que crearán Europa... El porvenir del espíritu europeo depende estrictamente de la proporción en la que logremos que nuestras élites tomen un alma europea.”<sup>5</sup>

Sería necesario releer todo lo que dijo don Salvador en ocasión de aquella gran conferencia sobre el espíritu europeo que, ya a la sazón, reunía a nombres como Paul Valery, Jules Romain, Denis Parodi, Thomas Mann, el conde Keyserling, Aldous Huxley, J. Huizinga, Georges Duhamel, Léon Brunschvicg entre otros.

Hojeando las páginas del informe que se ha vuelto muy difícil de encontrar, fui agradablemente sorprendido por otro descubrimiento: en una de sus grandes peroratas inspiradas, Madariaga

<sup>5</sup> Entretiens x x x “L’Avenir de l’Esprit européen. Société des Nations.” Institut international de coopération intellectuelle (Paris s.d.), p. 173.

cita entre las altas esferas de nuestra cultura “esos tesoros del espíritu europeo labrados por los siglos y que brillan ante nuestros ojos con el incomparable resplandor de la historia”, ¿cómo podría ser de otra manera? —la ciudad de Brujas.

Al cabo de quince años, la volvió a ver, aquella ciudad, salida intacta de la guerra. La visitó con un objetivo preciso: encontrar los locales adecuados para la vida en común de los profesores y los estudiantes. Tras haber inspeccionado varios edificios que nos habían indicado unos amigos con buenas intenciones y otros tantos por individuos movidos por el interés, llegamos al Beguinaje. Don Salvador lanzó el grito de Eureka. Impresionado por aquel remanso de paz, saboreando a fondo la original arquitectura de aquellas viejas casitas de beguinas, disfrutando de la armonía que ofrecía el cercado que rodeaba el espacio verde poblado de chopos, Madariaga me cogió del brazo y me preguntó a quemarropa: “Padre, ¿no podría pedir al obispo de Brujas que pusiera este Beguinaje a disposición del Colegio?” Constaté que no se trataba esta vez de uno de los chistes a los que nos tenía acostumbrados. Para don Salvador, allí estaba la encarnación ideal del *genius loci* que soñaba para el Colegio. Por desgracia, el edificio que la Ciudad puso posteriormente a la disposición del Colegio tenía un aspecto menos poético y el incorregible romántico que sigue siendo don Salvador no se ha consolado jamás.

Pero salvo acerca de este punto, don Salvador ha visto la mayoría de sus anhelos colmados. La carabela, a la cual le gusta comparar el Colegio, en recuerdo del navío de Cristóbal Colón que, el 12 de octubre, 458 años antes de la fecha de apertura del primer año académico, alcanzó las costas de América, esta nueva carabela ha hecho su camino desde entonces a la luz de los dos guías que Madariaga le asignó durante su lanzamiento: Cristo y Sócrates, la caridad cristiana y la razón.

**Addenda**

Una ocurrencia que vale la pena contar: Verano de 1950. La Asamblea Consultativa del Consejo de Europa tiene ante sí una resolución que invita a los gobiernos de los países miembros a dar “su apoyo material y moral” al Colegio de Europa. En la tribuna, don Salvador y el rector Brugmans, a la espera del debate. El primero se inclina: –Mire usted, si nos viéramos obligados a hacer una concesión, ¿vendría renunciar al apoyo moral, ¿no cree?...

Don Salvador pertenecía a esta raza de pensadores y escritores que construyen grandes síntesis, que inspiran la imaginación, conducen a los descubrimientos, se elevan al papel de guías de una generación.

JERZY LUKASZEWSKI

# Don Salvador de Madariaga y el Colegio de Europa.<sup>6</sup>

**Jerzy Lukaszewski**

Académico y diplomático, profesor  
en el Colegio de Europa

El pensamiento de Don Salvador de Madariaga está siempre presente en el Colegio de Europa: en sus estructuras, en su concepción, en sus finalidades, en su atmósfera y en su tradición que nosotros guardamos celosamente. En efecto, es esta herencia quien determina el lugar del Colegio de Europa en el paisaje universitario de nuestra parte del mundo. Pero somos muy felices porque la presencia de Don Salvador se evidencia aún más gracias a la donación de su Gobierno.

He tenido el privilegio de conocer a nuestro Presidente Fundador y de pasar con él largas horas hablando del Colegio de Europa, de su misión, de su particularidad, de sus necesidades, de

<sup>6</sup> AAVV, "Salvador de Madariaga y el Colegio de Europa. Libro Homenaje 1886-1986", Ayuntamiento de La Coruña, 1987

su porvenir. Guardo de Don Salvador un recuerdo lleno de admiración y de afecto. Era un hombre espléndido, tallado en roca, con una personalidad y un destino de una riqueza excepcional. Este diplomado por la Escuela Politécnica y por la Escuela de Minas de París, se convierte en ingeniero del ferrocarril, periodista, crítico literario, poeta, novelista, escritor, político, historiador, funcionario internacional, profesor en Oxford, embajador, parlamentario, ministro... Alexis Léger, Secretario general del Quai d'Orsay, más conocido por su pseudónimo literario de Saint-John Perse, ha dicho de Salvador de Madariaga: "La inteligencia que en él crepitaba como la sal, se orientaba mágicamente como limaduras de hierro en un campo magnético. Y como surgiendo de todo su ser, ésta era como la risa y la disipación"... Don Salvador pertenecía a esta raza de pensadores y escritores que construyen grandes síntesis, que inspiran la imaginación, conducen a los descubrimientos, se elevan al papel de guías de una generación.

Tal era el hombre que, en una colaboración fraternal con el Padre Verleye, fundó el Colegio de Europa. Es él quien esbozó el perfil de la nueva institución. Es él quien quiso que fuera un colegio y no un instituto, un centro o una universidad. Es él quien compartió la convicción del Padre Verleye de que la enseñanza postuniversitaria de nuevo tipo o, para ser más preciso, una enseñanza que renovaba resueltamente con sus orígenes medievales, debía tener su cuna en Brujas. Pues él amaba esta ciudad y veía en ella una de "esas joyas del espíritu europeo cinceladas por los siglos y que brillan a nuestros ojos por la explosión incomparable de la historia"

Primer Presidente del Consejo de Administración, no se limitaba a conducir las reuniones, sino que venía a menudo al Colegio a

hablar a los profesores y a los estudiantes, y a compartir con nosotros los tesoros de sus conocimientos, su sentido del humor y de su delicioso gusto por la paradoja. Su confianza, su aliento, su consejo y su sostén me han sido preciosos al principio de mi mandato. A cada encuentro con Don Salvador sentía en él una fuerza a toda prueba, una inmensa alegría de vivir, una infatigable curiosidad de espíritu y un optimismo sin falla. Yo guardo sobre todo el recuerdo de su mirada que parecía atravesar la superficie y descubrir inmediatamente las cualidades y las debilidades del interlocutor. No había duda de que lo artificial, lo teatral o lo sentimental en el hombre no era de su agrado. Sus ojos se iluminaban tan pronto de un gran e irresistible calor, como de malicia y travesura.

Don Salvador era muy directo, capaz de cordialidad, siempre guardaba las formas y detestaba toda familiaridad excesiva y toda dejadez... “la forma” escribe “es un atributo intelectual, el resultado de la facultad de comprender... La forma no es un asunto fútil o superficial. Ella es la fachada de la estabilidad...”. Qué excelente lección para aquellos que, en estas paredes, se preparan para asumir responsabilidades importantes en nuestras sociedades.

Don Salvador tenía interés en el Colegio porque lo tenía en Europa. Consciente de los defectos y fechorías de Europa, le deseaba como mínimo todo el afecto del que son capaces las naturalezas ibéricas y manifestaba, a lo largo de su vida, una fe inquebrantable en su papel irremplazable en el progreso de la humanidad. Según él, Europa en toda su diversidad representa una unidad modelada por dos factores esenciales, la duda socrática y la fe cristiana. Su principal trazo distintivo reside en el papel que reserva al individuo. Es inseparable del concepto de la libertad.

Europa está marcada, por utilizar sus propias palabras, por “una cierta mesura o, si se quiere, un temor de lo extremo”. Es extranjera a toda homogeneidad y dejaría de ser ella misma sin la diversidad nacional y cultural que engloba. “Europa escribe Madariaga debe su excepcional riqueza de espíritu a la gran variedad de naciones que la componen. Esta variedad no puede existir más que en un orden europeo donde ninguna nación tiene el predominio, un orden que debe ser un equilibrio equitativo de soberanías nacionales bajo una soberanía europea...” Qué admirable lección para todos aquellos que se preparan en estas paredes para construir una unión europea.

Don Salvador amaba a las naciones de Europa. “La tarea de nuestra época... escribió él en 1938 debería ser la de ayudar a estos niños feroces y temibles que nosotros llamamos naciones a esperar su mayoría y a rendirse a la luz de la razón. Debemos mirarlas con amor; un amor que no se limita al del propio país. ¿Quién ama a su propio niño si no ama a los niños? ¿Quién ama verdaderamente a su patria si no ama a las otras?” Precisamente a causa de esta actitud, Don Salvador no tenía el menor complejo en testimoniar su afecto por España y su orgullo de ser español. André Maurois lo ha expresado admirablemente:

“Él nos aparece, a nosotros franceses, como el más francés de los españoles... él aparece a los ingleses como el más inglés de los españoles... Aunque siempre sigue siendo el más español de los españoles. Así, aunque Madariaga intente ser equitativo y dar a los otros pueblos lo que les pertenece, el lector adivina que él ama a España con un amor orgulloso, celoso y apasionado. Conoce y confiesa los defectos de su nación; él no querría a ningún precio que fuese herida por ello”.

Qué admirable lección de patriotismo nos da este hombre que ha pasado la mayor parte de su vida fuera de España. En principio como colegial y estudiante en Francia, después como funcionario internacional en Ginebra, profesor en Oxford, embajador en Washington y en París, en fin como exiliado político durante cuatro largos decenios. Pero su cultura, sus horizontes intelectuales, sus convicciones le impedían sentirse verdaderamente desorientado en las etapas sucesivas de su largo periplo. El exilio no le ha agriado como lo hace a menudo. No ha vuelto su mirada hacia el pasado, ni moderado su creatividad. Al contrario, ha liberado en él nuevas energías y fecundado su imaginación. Pues la estancia en países extranjeros no ha sido para él más que la puesta en práctica del célebre precepto de Friedrich Nietzsche: “Escogerás el exilio para poder decir la verdad”. Qué admirable lección para aquellos que la suerte ha separado de su país natal.

Salvador de Madariaga ha escogido el exilio porque creía profundamente que los hombres y los pueblos tienen un derecho inalienable a la libertad y que ésta representa la condición esencial de su dignidad. La libertad era para él indivisible. Es por lo que este español que mantiene un combate sin descanso contra el fascismo negro y moreno -y esto desde la época en la que los hombres de Estado de Occidente no tenían nada mejor que hacer que practicar la política suicida del apaciguamiento-luchaba con la misma energía contra el fascismo rojo, no cesaba de denunciar las prácticas y de refutar la doctrina. Ciertamente, en nuestros días la mayor parte de aquellos que toman la palabra en público comparten ese punto de vista. Pero no olvidemos que en la época en la que Salvador de Madariaga no dudaba en explicarlo, se exponía -en medios intelectuales de Occidente- a la pena de lapidación. Es por lo que Albert Camus

ha dirigido a Salvador de Madariaga unas palabras que me gustaría recordarles: “Usted medirá mejor la clase de soledad en la que vivirían algunos de entre nosotros en busca de grandes lecciones, si un puñado de hombres, entre los que está usted, no mantuviera obstinadamente por encima de las fronteras, los derechos, los deberes y el honor del espíritu... La inteligencia sin carácter es todavía peor, al final, que la más feliz Imbecilidad. Falta de firme voluntad, se nos da una doctrina implacable, y es así cómo hemos visto nacer esta especie tan particular de nuestro tiempo el intelectual duro, presto a justificar todos los horrores simplemente en nombre del realismo... En suma, usted nos ha impedido el desesperar de la inteligencia de este tiempo, enseñándonos a fuerza de su ejemplo que al intelectual duro podía oponerse el intelectual firme”.

Este defensor apasionado de la libertad reflexionaba desde los años 1930 sobre el equilibrio entre la libertad y la autoridad, entre el hombre individual encarnado por Hamlet y el hombre social simbolizado por Don Quijote. Meditando sobre los comienzos y el final de la República española, que él había acogido con tanto entusiasmo, se ponía en cuestión de saber si, a fin de cuentas, la libertad debe desembocar en la anarquía. Si debe favorecer a los enemigos declarados de la libertad y los apóstoles de la violencia. Si debe dejar el campo libre a los ignorantes y a los fanáticos.

Don Salvador llegó muy pronto a la conclusión de que la libertad debe ir a la par con la autoridad y que los gobernantes deben gobernar. Permítanme recordar el grito de alarma que lanzó en 1935: “El hundimiento de las instituciones democráticas que amenaza al mundo será debido en gran medida a la cobardía de los dirigentes... Un dirigente consciente de su propio valor del

punto de vista de la ética y de la competencia, osa dirigir, osa preceder y formar la opinión pública”.

En otras palabras, Don Salvador exigía a los dirigentes que fueran hombres de Estado y no politiquillos. Y he aquí una bella lección a aquellos que, en nuestras paredes, piensan hacer de la política, a la manera de tantos predecesores: “El hombre de Estado puede acordársele una cierta subjetividad, como conviene al artista... pero sus virtudes supremas son la potencia creadora, la visión del futuro, la intuición del presente... Por encima de todo, el hombre de Estado está por naturaleza exento de bajas pasiones-egoísmo, egotismo, celos, vanidad”.



Este libro se terminó de  
imprimir en el mes de marzo de 2020  
en Interprint, calle Balmes 188,  
Barcelona.

El interior se ha impreso sobre papel  
Munken Pure. El texto se ha  
compuesto con las tipografías  
Acta y Graphic.

La cubierta en papel  
Munken Pure 300 gr.

Editado por  
Cercle d'Economia y  
LECE Comité Español

Prólogo de  
Javier Solana

Textos de  
Salvador de Madariaga  
Carles A. Gasòliba  
Antonius Verleye  
Jerzy Lukaszewski